



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 18 DE SEPTIEMBRE DE 2016

Olga de León / Carlos Alejandro

Recados en tiempos diversos

A la Memoria de mi padre
(1920 -1970)

Quizá porque estoy entre los que contamos ya con más de sesenta años, la palabra recados trae a mi memoria muchos recuerdos, ¡tan usada por nuestros padres y quizá también por los abuelos!, exclamó con los ojos entre alegres y nostálgicos, la mujer aquella. Esto último no lo sé de hecho, dijo, puesto que a ninguno conocí, dos ya habían fallecido para cuando yo nació: las abuelas.

De los abuelos solo recuerdo, como en un sueño, la estampa del paterno. Hombre del campo, pequeño agricultor, con la piel del rubio tostado que tienen los hombres que viven bajo el sol candente del verano; ojos de un azul muy definido y muy claro; con sombrero de petate, ropa de manta y sus huaraches de indígena, sin serlo. Lo veo recargado sobre la puerta que daba entrada al jacal principal, medio inclinado, pues era lo bastante alto aun después de los setenta, tanto que tenía que agacharse para entrar o salir. Papá Bucho, como le decíamos a don Tiburcio, murió cuando la de la voz tenía tres años de edad, precisa la mujer; y sigue:

...si me lo permite, a partir de la memoria sobre mi primera infancia y de un par de cartas que aún guardo, "señito", le referiré un cuento o relato que habla de los consejos de padres y abuelos. Naturalmente no será tan hermoso ni bien contado como el que nos acaba de leer de doña Elenita Poniatowska (efectivamente, llevé de Elena, al Taller de Escritura Creativa, su cuento "El recado"). ...mi historia, se llama:

Exhortación

Regresaron del entierro al declinar la tarde, después de las siete. Fue un dieciséis de septiembre muy triste para los hijos y la dulce madre estaba desecha, sabía que nada volvería a ser igual. Al día siguiente empezaron a sacar sus cosas; en un cajón, la hija mayor encontró una carta. La leyó:

"No supe por qué hicistes eso m'hija... ya te habíamos dicho tu madre y yo que ese muchacho no era bueno para ti. ...que tenía demasiado coraje encerrado en su cabeza y en el corazón. ...si hasta se le salía por los ojos que casi echaban chispas. Pero tú nos dijiste que estabas segura de que era bueno y, principalmente, que te quería; que te quería pá que fueras su mujer y la madre de sus hijos.

-Y lo juiste, m'hija adorada, fuiste su mujer y la madre de nuestros nietos. Pero a luego -y sabía que desde novios-, cuando tenía sus arranques de celo o de puro coraje por sabe Dios por qué, te maltrataba. Nunca nos lo platicaste y para cuando te abriste con tu madre, pos qué podía hacer ella ya sola, la pobrecita vivió tan enferma sus últimos años... Y, yo, pos yo me fui para antes de que tú te casaras, y a los poquitos años tu nana allá me alcanzó. ...y créeme, a diario te seguíamos, los seguíamos a donde quiera que fueran, como si con ello pudiéramos lograr que él nos viera y supiera que no



estabas sola, que te cuidábamos desde acá; pero de nada sirvió".

Lo cierto es que había dos cartas, para que solo su primogénita las recibiera y leñera; una, cuando él hubiese muerto; la segunda, muerta la madre. Pues debía entender que no tenía por qué cargar eternamente con su único error: "elegir al hombre equivocado por esposo".

Tras la muerte de la madre, la familia quedó a la deriva. Si ya lo estaban desde aquel dieciséis de septiembre, tras el once del mismo mes cuatro años más tarde, los hijos fueron definitivamente huérfanos. Otro día, otro año, volvieron del panteón. Y la hija encontró la segunda carta, que decía:

-Te encargo, hija, que nunca olvides mirar al cielo, aunque no reces, solo volteas tus ojos hacia arriba, así tus penas y dolores serán iluminados con la luz del día o con el brillo de las estrellas, y sentirás que tienen remedio. Nada existe en el mundo terrenal, donde te hallas y alguna vez también estuvimos tu padre y yo, que te ate ni a malos tratos ni a relaciones insanas. Y que Dios me perdone: "...no quiero verte pronto por acá. Queremos tu padre y yo verte sonreír y feliz al lado de tus hijos".

-Me sorprendió el tono y vocabulario del segundo mensaje o carta; no era el mismo que el de la voz del abuelo que antes me dibujó la mujer. El primero sí

sonaba a campesino; el segundo, ¿sería de su madre o del padre con voz femenina?

Cuando estaba a punto de preguntarle si se trataba de dos historias, porque algo no coincidía, me percaté de que la señora bajó su rostro, pero alcancé a ver que por sus mejillas corrían algunas lágrimas. No sabía qué hacer, si abrazarla o preguntarle por qué lloraba.

Hice ambas, y ella me contestó: lo del abuelo fue parte de la técnica que usted nos enseña en el taller, mezclar ficción con los hechos, aunque creo que no me quedó bien. Esas cartas las recibí yo hace muchos años... Y aquí sigo...

EL DOBLE ESPEJO CARLOS ALEJANDRO

Se levantó a las siete de la mañana, cinco horas más temprano de lo que solía despertar durante ese verano de enfermedad. Se encontraba en casa de sus padres y la mañana fue gris y excesivamente fría para la temporada en Monterrey: en la calle encontró gente que llevaba suéter.

A las ocho treinta de la mañana entró en el parque fundidora. Sabía dónde estaba. Dejó su credencial con el guardia de la entrada y luego subió unas escaleras rojas y viejas. Encontró el salón de clases del edificio blanco donde antiguamente se impartían lecciones a trabajadores de

la empresa siderúrgica, y que ahora estaba convertido en espacio para las artes.

Vislumbró a través de la ventana a dos jóvenes sentados frente a frente, en pupitres junto a un escritorio azul metálico. Cruzó la puerta de madera tipo española y se encontró en presencia de ocho monitores acústicos colocados alrededor del salón. Serían utilizados por el instructor para su clase de composición electrónica; en su laptop, aquel iniciaba la versión 3.7 del programa "Supercollider".

La clase comenzó media hora tarde, con siete asistentes: jóvenes alumnos de la Facultad de Música de la Autónoma. Cada uno llevaba su propia computadora portátil, excepto el cuarentón. Nadie podía decir qué hacía él ahí: único desconocido en el grupo. A esa edad, le sería prácticamente imposible sumergirse con paciencia en los intrincados mundos de la programación musical.

Pero escuchó paciente aunque sin poder replicar, él mismo en su propia computadora, los ejercicios con los que el instructor impartía la clase. Hizo un esfuerzo por aprender los comandos y la sintaxis del programa, y por comprender todos los ruidos de colores y las ondas generadoras, y soñó que al regresar a casa, compraría por internet un libro en el que aprendería todas las enseñanzas de la mañana.

La clase concluyó a la una de la tarde. Se despidió sin haber entendido mucho. Prometió volver a la lección del día siguiente y caminó a la Macroplaza: comió pizzas. Luego se encontró con Karina en la calle de Mártires de Chicago, le mostró su libreta con fotografías y ella le contó su historia más reciente: llevaba siete meses de embarazo, de un hombre que ahora estaba en la cárcel.

Como si nada, el cuarentón se despidió y se dirigió a la librería de Conarte; ahí esperó a que dieran las seis de la tarde, momento en el que regresó al edificio blanco: a una banca frente al salón de clases en el que había estado durante la mañana; ahora para entrevistarse con un compositor que lo invitó a quedarse para escuchar una conferencia sobre técnicas extendidas del violín, la que se impartiría esa misma noche. Escuchó sobre términos ya familiares: cuartos de tono y golpes de tabla, pero también encontró símbolos extraños con los que no estaba familiarizado.

Salió del parque a las nueve treinta de la noche: caminando en busca de un camión o de alguna estación de metro que lo acercara al sur de la ciudad. Solo, sin su medicamento, en una noche que se llenaba de cuestionamientos y temores, de soledad como ladrillo que resbala por un tubo hasta estrellarse contra el piso; como mancha de sangre en la pared.

Pensó en llamar a casa de sus padres y dejar un recado pidiendo ayuda, pero no podría explicar dónde se encontraba. Oscuridad y escombros imperaban sobre el camino. Deseaba recostarse, cerrar los ojos y que el día volviese a comenzar. Ya no sabía dónde se encontraba. Nunca más podría decirlo.



Jorge Cano

Nació en la Ciudad de México en 1932. Sus primeros pasos en la danza profesional, estuvieron bajo la dirección de los maestros Evaristo Briseño, Nelsy Dambré y Sergio Unger.

Desde niño, Jorge Cano manifestó su pasión por el movimiento del cuerpo y gracias a su entrega y dedicación obtuvo el título de bailarín solista hasta su retiro de los escenarios.

De acuerdo con el portal "pasionporladanza.org", Cano desde los inicios de su carrera explotó sus habilidades, primero como bailarín solista y luego como partenaire de primeras bailarinas como Melissa Hayden (1923-2006), y Laura Urdapilleta (1932-2008), entre otras.

También fue becario de importantes instituciones como el Carnegie Hall, el partenaire más solicitado por todas las bailarinas e intérprete de todos los ballets de repertorio.

De acuerdo con información del Instituto Nacional de Bellas Artes INBA, el bailarín fue invitado a participar en la gira a los entonces países socialistas con el Ballet Nacional de Cuba, bajo la dirección de Fernando Alonso.

Jorge Cano se desempeñó como coreógrafo para montajes de danza, ópera, opereta y zarzuela; estuvo presente en escenarios de México y Estados Unidos y se retiró de la escena como primer bailarín en 1972 y en 1994, el gobierno francés le otorgó la Medalla Quai d'Orsay.

De acuerdo con el portal de la Secretaría de Cultura, en 2009 la Compañía Nacional de Danza le realizó un homenaje por sus 60 años de trayectoria artística, en donde recibió la medalla Bellas Artes.

Previó al homenaje, Cano expresó su sentimiento mediante una entrevista, en la que detalló que la danza era su mayor alegría, "Cuando tú tomas la danza por amor nunca la consideras un trabajo", señaló el bailarín en esa ocasión.

Jorge Cano falleció el 18 de septiembre de 2015, por lo que la Compañía Nacional de Danza le dedicó la temporada "Sueño de una noche de verano" ese año.

Oscar G. Baqueiro

Fernando VII

Este rey español de la casa de Borbón (1784-1833), es a quien se refiere Hidalgo en el célebre "Grito de Dolores", pronunciado por el Padre de la Patria, la madrugada del domingo 16 de septiembre de 1810, en el atrio parroquial del hermoso templo de la población guanajuatense de Dolores: "Viva Fernando VII, muera el mal gobierno".

Todo parece del cielo: un sacerdote católico romano, en el llamado a la primera misa dominical, en el atrio de su templo, sin embargo, es un mensaje político, inició de la independencia de la Nueva España y donde no se encuentra mención a Jesús, persona cumbre de la fe del párroco, todavía no se vivía un estado laico y su tajante separación iglesia/estado.

El amplio contexto de todo esto nos dice que la población, bajo 3 siglos de conquista, es devota a la fe que impusieron los conquistadores con la espada y el catecismo repetitivo, y que muchos curas mestizos no están contentos con la situación extendida en 5 millones de Km2 donde moraban otros tantos millones de aborígenes, descontentos también. El inconciente colectivo en acción.

Hidalgo es uno de esos curas mestizos, quien aparte de sus años en el seminario de Valladolid, cubrió 3 curatos: un año en Colima y muchos más en S. Felipe y Dolores mismo, en territorio

guanajuatense; era un cura no común, allegado al pueblo y que les enseñó mucho más de esta vida que de la venidera, erudito y padre de varios hijos, por eso la respuesta multitudinaria a su convocatoria septembrina.

Regresando con el personaje que da título a esta colaboración. Fernando es hijo de Carlos IV, conocido entre nosotros por el "Caballito", o estatua ecuestre que se hizo y que está en la Cd. de México, pero que fue gobernante de "pocas luces", tanto que se dejó someter por Napoleón I en 1808 para que éste coloque a José Bonaparte como rey de España, dejando de lado a su hijo y

heredero, Fernando.

En los años de encierro francés (1808-14) fue muy querido en todo su imperio, al punto que le apellidaron "El deseado", por oposición a "Pepe Botellas" el espurio hermano de Napoleón, pero él no tomó en cuenta ese afecto popular y nacionalista cuando regresó al gobierno español.

La aventura bonapartista de España concluye en 1814 y Fernando asume el trono borbónico con el número VII que le correspondía. Fue muy enfermizo, se destacó como gobernante absolutista, en medio de muchas luchas políticas y personales; tuvo, en 1830, una hija única, Isabel. El murió, a los 49 años, en 1833. La hija lo sustituirá tras una larga regencia materna.

ad pēdem literae

La probabilidad de perder en la lucha no debe disuadirnos de apoyar una causa que creemos que es justa.

Abraham Lincoln

letras de
buen humor

El jurado está compuesto por doce personas elegidas para decidir quien tiene el mejor abogado.

Robert Frost